

En recuerdo de Maya

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

Uno de los más grandes poetas de Colombia, de este siglo, Rafael Maya (1897-1980), ha fallecido en Bogotá en los últimos días del pasado julio. Fue, además, un brillante orador académico, un crítico literario de valía y autoridad que estudió en numerosos ensayos y discursos una porción muy copiosa de nuestras letras, un eminente profesor de literatura patria y de cultura griega. Decano de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Director de la radiodifusora oficial. Director de la prestigiosa revista "Bolívar", y de publicaciones del Ministerio de Educación. Delegado de nuestro país ante la UNESCO, a fines de los años cincuenta, y miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

La noticia de su fallecimiento me ha causado honda impresión, no solo porque con él se fue un alto ejemplar de la cultura colombiana, sino porque el maestro Maya era un amigo de largos años a quien traté asiduamente desde mi época de estudiante y en quien tuve siempre un seguro guía intelectual. En nuestras frecuentes tertulias en un viejo café bogotano con unos cuantos de sus admiradores; en las sesiones semanales de la Academia de la Lengua; en sendos concursos nacionales de poesía y pintura en los que nos tocó actuar como jurados calificadores; en su despacho de la Radiodifusora Nacional y en ocasionales encuentros en París en los que visitamos juntos algunos museos o en gratas tardes en su apartamento de esa urbe cuando en ella residió como nuestro representante ante la UNESCO.

Rafael Maya había nacido en Popayán, en donde transcurrieron su infancia y los comienzos de su adolescencia. Tras una breve temporada en Barranquilla, fijó su residencia definitiva en Bogotá. Cursó humanidades en el antiguo y prestigioso Seminario de su ciudad natal, centro docente por cuyas aulas pasaron el sabio Caldas, el prócer Torres, el arzobispo Mosquera, el

poeta Guillermo Valencia y destacadas figuras de nuestra Independencia y de la etapa republicana. De su iniciación clásica en dicho Seminario derivó, como él se complacía en repetirlo, una influencia virgiliana que impregna muchos de sus poemas. Y del ambiente que le rodeó, las predilecciones campestres, complemento de su perenne fervor por Virgilio. En efecto, Popayán en aquel entonces todavía era una pequeña villa cercanamente ceñida por los paisajes de su valle tranquilo, suave, refrescante. Siempre ese recuerdo eglógico le acompañó a lo largo de su vida. Posteriormente en Bogotá debió exclamar, íntimamente, con el dulce cantor de Mantua en la tumultuosa Roma imperial: "¡O rus quando ego te adspiciam!".

Figuró Maya hacia 1925 en el grupo literario "Los Nuevos". Formaron parte de ese grupo los poetas de vanguardia León de Greiff y Luis Vidales, el periodista Alberto Lleras Camargo, después dos veces Presidente de la República, el ensayista y dramaturgo Jorge Zalamea, el ágil cronista Luis Tejada, el ensayista e historiador Germán Arciniegas y otros distinguidos escritores. Grupo combativo pertrechado de muchas novedades intelectuales de la primera post-guerra, inició en el país, en el campo de las letras, una verdadera transformación. Pusieron en desprestigio a los prosistas de cuello tieso. Y alarmaron en suma, a más de un honorable lector burqués. Refiriéndose a "Los Nuevos", dijo en cierta ocasión el maestro Maya: "Publicamos una revista con el nombre del grupo, de la cual creo que alcanzaron a salir dos números. No lanzamos manifiestos ni programas, ni carteles, pero estoy convencido de que cumplimos una revolución de hecho y de fondo". Actuaron "Los Nuevos" en Bogotá. Y cumplida su labor, unos derivaron hacia la política y la diplomacia, otros se quedaron en el periodismo. Pero nunca dejaron su quehacer literario, al cual sólo de Greiff y Maya permanecieron totalmente consagrados.

En esta breve glosa de recordación del egregio escritor y noble amigo, sólo me voy a referir sumariamente al poeta.

De estilo personalísimo, la lírica de Rafael Maya sufrió una ascendente evolución. La que puede notoriamente verificarse en los nueve libros que constituyen su haber poético, desde el inicial "La vida en la sombra" (1925) hasta su postrero "El tiempo recobrado" (1974) editado por el Instituto Caro y Cuervo. Todos ellos fueron recogidos en un elegante volumen publicado a fines de 1979 por el Banco de la República con el sencillo y sobrio tí-

tulo de "Poesía". El hito más alto de ese haber poético está representado en sus obras "Coros de mediodía" (1928). "Después del silencio" (1938), seis largos cantos dialogados de acusado simbolismo, y "Navegación nocturna", en donde muestra una intensa y concentrada emoción y un hondo carácter meditativo de trascendencia intelectual que le erige en un conjunto de plena madurez. Pero toda su obra se caracteriza por una ajustada inspiración de rigor clásico, una gran riqueza de imágenes novedosas de viva plasticidad y una factura de rigor verbal que le permitieron dejarnos un valioso legado de poesía en que a diferencia de otros grandes líricos colombianos como Silva, Rivera o Barba Jacob, nunca realizó posteriores rectificaciones ni nuevos ajustes expresivos. Sus poemas permanecieron siempre intactos e inmodificables desde su creación.

La nota más alta de su lirismo la dio en "La mujer sobre el ébano", en "Después del silencio". Canto de alguna extensión, compuesto en versos libres, es una de las más hermosas elegías de toda nuestra poesía. Dedicada en memoria de la amada cuya vida truncó la muerte, es un grito de intenso y contenido dolor que se vierte en versos de serena trepidación en que la opulencia de las imágenes y metáforas, la audaz adjetivación y la incomparable belleza del fraseo pugnan por situarlo en una tónica de decorosa compostura que se resuelve en un final de suprema contención lírica.

Manejó Maya con profusión el versolibrismo, tanto en cortos versos, como en largos que parecen obedecer a un amplio ritmo respiratorio. Ello sin perder su armonía ni elegancia poética ni aquel "interno ritmo" que él señalara en los enneasílabos de su "Invitación a navegar" en "Coros de mediodía". Mas también escribió romances y sonetos. De los últimos dejó unos 50 muy acabados en el pequeño volumen "Tiempo de luz", (1951). Otros sueltos incluyó en su primigenia obra "La vida en la sombra", entre los que figuran dos muy populares en Colombia "Olvido" y "Seremos tristes", de índole amatoria.

Fue el maestro Maya un artista muy exigente y cauto. Por eso, se ha solido decir que era un "clásico". Pero alguna vez cuando esto se le preguntó, él respondió tajantemente: "yo no soy un clásico, soy un romántico". Lo que sería objeto de muchas aclaraciones que no vienen al caso en estas líneas recordatorias de algunas instancias de su biografía y de su admirable poesía.

San José de Costa Rica, agosto de 1980.